

Cassiopea

ANDREA CELORRIO



CASIOPEA

CASIOPEA

Andrea Celorrio

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Andrea Celorrio

©Ilustración y maquetación de cubierta: @shirogussi, 2022

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2022

©Ediciones Dorna, 2022

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-125898-3-2

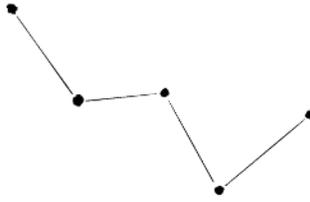
IBIC: FR

Aviso de contenido sensible: asesinato.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

A mi madre.

*Sesenta años para ti veinte serán,
pues tu propio aniversario mala fortuna te traerá.
Una maldición por un amor correspondido te atrapará.
Tan solo cuando halles a Casiopea el destino su curso
proseguirá.*



1

Mallach an Diabhail

Un rayo cruzó el oscuro cielo, anunciando el trueno que le siguió, justo en el momento en que el carruaje se detenía frente al enorme caserón. Fue en ese instante también cuando Caroline se asomó por la ventana para observar el que iba a ser su hogar con una mezcla de emoción y miedo, pues seguía sintiendo que vivía en un torbellino que apenas podía controlar. Llevaba así una semana. Se preguntó cuánto proseguiría mientras sus ojos paseaban por aquel inmenso edificio que, la verdad, parecía haber protagonizado una novela de misterio.

—Mallach an Diabhail —escuchó que decía la grave voz de su esposo. Caroline casi dio un brinco al notar el cuerpo de Alexander tan cerca del suyo, aunque se contuvo, como buena muchacha inglesa que era—. La maldición del Diablo.

—Un nombre pintoresco.

Escuchó el susurro de las pesadas ropas de Alexander y, al girarse, le vio ocupar la esquina contraria a la suya. No se sentó, sino que se dejó caer con cansancio, y también con cierto fastidio pueril que ella no comprendió. Entonces le dedicó una sonrisa torcida de las suyas y Caroline volvió a sentirse incómoda, de nuevo con la sospecha de que había algo que estaba ocurriendo y que ella desconocía.

Alexander seguía siendo el mismo joven que había conocido en los salones londinenses: alto, de hombros anchos que no lo parecían tanto a simple vista, espeso cabello negro y ojos de un gris tormentoso.

Había algo en esa mirada que perturbaba a Caroline. A veces, su esposo le parecía uno de esos perros callejeros que solo eran ariscos por la falta de cariño; otras, le recordaba al protagonista de una novela que había leído hacía un tiempo y que le había costado más de una discusión con su hermana, que, como el resto del país, no la había disfrutado. *Cumbres borrascosas*, así se titulaba. Su protagonista, Heathcliff, era tosco y violento, un personaje que le había desagradado en demasía, pese haber disfrutado de la historia.

Sólo esperaba que Alexander no resultara ser así.

Alexander Brannigan era el segundo hijo del duque de Atholl, por lo que era un gran partido, sobre todo para una tercera hija como ella. Y más si se tenía en cuenta su terrible secreto. Por eso, cuando sus padres acordaron aquel matrimonio, Caroline lo acabó aceptando. Al fin y al cabo, era lo que se suponía que tenía que hacer y tampoco había habido ningún muchacho que le interesara en aquellos dos años que llevaba acudiendo a fiestas de la alta sociedad londinense.

Lo que nadie le había advertido era que tendría que dejar su hogar para trasladarse a Escocia y vivir en la mansión que les habían regalado sus suegros. En un primer momento, la idea no le había entusiasmado, ya que suponía alejarse de su familia; pero, al ver las verdes tierras escocesas, había comenzado a cambiar de opinión. No podía decir lo mismo de Alexander, que cada día parecía más malhumorado, como si toda la situación fuera un castigo.

—Es un lugar pintoresco.

—¿Por qué?

Alexander la miró un momento, como si estuviera debatiendo consigo mismo, aunque al final el carruaje se detuvo frente a la enorme puerta de Mallach an Diabhail y eso interrumpió la conversación. El joven se bajó de un salto del carruaje, antes de tenderle la mano para ayudarla, mientras el lacayo se encargaba del equipaje. Caroline se alisó el vestido azul oscuro, conteniendo las ganas de correr por los terrenos para olvidar la sensación de haber pasado las últimas semanas atrapada en aquel vehículo, donde solo podía leer o mirar el paisaje.

—Vamos —Alexander le tendió el brazo—, te presentaré.

Por lo que su esposo le había contado durante el trayecto, Mallach an Diabhail era una de las propiedades de su familia; aunque, por algún motivo que Caroline no lograba comprender, no parecía importar a nadie. Ninguno de los Brannigan vivía allí, ni siquiera empleaban los terrenos para cultivar o mantener ganado.

Estando ahí, Caroline lo entendía aún menos. Sí, era un edificio un tanto lúgubre y oscuro, evidentemente afectado por el paso del tiempo, pero eso podía solucionarse con buen hacer y algo de cariño. Además, los terrenos eran fértiles, así que podrían sacarle provecho, de eso estaba segura. Estaba cavilando posibilidades cuando la voz de Alexander hizo que regresara a la realidad al llamarla su esposa, algo a lo que todavía no se acostumbraba.

Era una mujer casada.

Resultaba extraño incluso considerarlo.

Caroline sonrió a una pareja que había acudido a recibirlos. Debían de ser los Campbell, el matrimonio que se encargaba de mantener la casa en el mejor estado posible. Por lo que Alexander le había contado, ambos hacían prácticamente de todo, lo que a Caroline no le pareció adecuado: era demasiado grande para que solo estuvieran ellos al cargo. Esperaba poder serles de utilidad, recuperar la grandeza que seguramente tuvo Mallach an Diabhail en otros tiempos.

—Es un placer volver a verle, señor. —Una mujer, que tenía el oscuro cabello recogido en un moño, dio un paso hacia adelante para hacer una reverencia con aire afable. A su lado, un hombre, que no era tan alto como ella, la imitó.

—Agnes, Carson. —Por primera vez en varios días, su esposo parecía de mejor humor, lo que la alegró. Alexander tiró suavemente de ella para colocarla en primer plano, mientras decía—: Os presento a Caroline, mi esposa. La nueva señora de la casa —entonces se volvió hacia ella—. La buena de Agnes te ayudará a llevar Mallach. De hecho, si eres tan amable, Agnes, me gustaría que condujeras a mi esposa a nuestros aposentos. He de tratar algunas cuestiones con Carson.

La primera intención de Caroline fue abrir la boca para protestar, ya que consideraba que ella también merecía conocer los pormenores de la propiedad. No obstante, la voz de su madre resonó en su cabeza, reprendiéndola. Se debía a su señor esposo, así que debía ser amable con él, sobre todo porque no podía estropear aquella oportunidad. A pesar de que los católicos como Alexander no reconocían el divorcio, como sí lo hacían los protestantes, siempre podía solicitar la nulidad matrimonial y Caroline estaba segura de que, de conocer su secreto, así lo haría.

Por eso, una vez más, engulló su primera reacción para asentir dócilmente y seguir a la señora Campbell al interior del edificio. El recibidor era amplio, con el suelo cubierto con una espesa alfombra de tono burdeos, aunque no demasiado largo, pues enseguida desembocaba en una encrucijada con dos puertas laterales y una escalera que se bifurcaba en dos corredores.

Una corriente helada lamió su piel, provocándole un escalofrío.

Entonces, le pareció oír un canto en la lejanía. Su corazón se detuvo tras haber dado un vuelco, mientras el tiempo perdía su sentido, arrastrado por la melancolía y la soledad que se apreciaba en aquella melodía que nadie más parecía

oír. Debió de haber sentido un escalofrío, puesto que oyó decir a la señora Campbell:

—No se preocupe. —La mujer la escrutaba. ¿Le parecería adecuada? ¿La respetaría como su señora o la mangonearía, como le había pasado a su hermana al mudarse al hogar de su señor esposo? El ama de llaves le hizo un gesto para que la siguiera escaleras arriba—. Me encargaré de que prendan las chimeneas. Hasta ahora no ha sido necesario, pues solo vivíamos nosotros dos.

—Se lo agradezco.

—No es una casa complicada, aunque sea grande. Tendremos que ponerla a punto, eso sí. Muchas estancias llevan años cerradas. —Caminaron por el corredor de la derecha hasta acceder a otras escaleras—. He preparado las antiguas dependencias de los señores, espero que le gusten. Pero si no le parece bien, solo tiene que decírmelo. No me ofenderé.

Caroline asintió, sonriéndole un poco. Seguía un poco temerosa, pero aquella mujer le parecía sincera. Le gustaba particularmente el fuerte acento escocés de su voz, le daba la sensación de que hablaba con más franqueza que todas las personas con las que había conversado en los salones británicos. Quizás por eso se atrevió a hacer el comentario que, desde que habían subido al primer piso, llevaba reprimiendo.

—No hay ninguna clase de decoración: ni cuadros, ni candelabros...

—¿Por qué decorar una casa no habitada?

—Si me disculpa el atrevimiento, señora Campbell: ¿por qué nadie vive en esta casa? No parece que esté en mal estado, los terrenos son fértiles y Stirling está bastante cerca, por lo que el aislamiento no creo que sea un problema —repuso seriamente, mientras pasaba a la que iba a ser su habitación por el resto de su vida.

Se giró hacia el ama de llaves, que la miró a los ojos. Parecía a punto de hablar, mas en el último momento

apartó el rostro y se concentró en ahuecar un cojín, que no necesitaba tales cuidados. Caroline frunció el ceño, cada vez más mosqueada con todo aquel asunto, aunque decidió no presionar más a la señora Campbell; en su lugar, se quitó el abrigo y lo dejó sobre el diván que tenía unos cuantos años de más, como el resto del mobiliario.

—Señora, no sé cómo sería allá en Londres —dijo de pronto el ama de llaves—, pero aquí solo los señores hablan de los asuntos de los señores. Lo que desee saber, deberá preguntarle a su esposo —se giró hacia ella—. Lamento no ser de más ayuda.

—Entonces, séalo: enséñeme la casa, por favor.

Durante el resto del día Caroline estuvo de lo más ocupada: primero recorrió Mallach an Diabhail junto a la señora Campbell, esforzándose en memorizar dónde se encontraba cada sala, después considerando qué debía hacerse para mejorar cada estancia; tras la comida, procedió a instalarse en sus aposentos e intentó darle su toque personal. Aquel primer día tampoco podía hacer mucho, pero solo con ver sus libros apilados en el viejo tocador se sintió mejor.

Estaba deslizando un dedo por sus lomos cuando escuchó el sonido de la puerta, que precedió a la llegada de Alexander. Su esposo se quitó la chaqueta y se pasó una mano por la nuca, al mismo tiempo que se dejaba caer sobre la cama.

—Imagino que no era lo que esperabas de tu vida de casada. Has estado trabajando como si fueras una criada... y ni siquiera tienes una doncella que te ayude. —Para sorpresa de Caroline, el joven parecía avergonzado; por primera vez desde que se conocían, su marido la enterneció—. Lo siento, Caroline. En los próximos días haré que venga alguna muchacha del pueblo... Conseguiré todo lo que quieras, te lo prometo.

—No te preocupes, Alexander. Puede que lo parezca, pero no soy una de esas muñecas de porcelana que se rompen

solo con mirarlas. Puedo apañármelas sola.

Para demostrárselo, y a pesar de que la situación la cohibía, se encargó de soltarse el largo cabello dorado, además de quitarse el vestido azul. No pudo evitar envararse, mientras se ponía el camisón, sobre todo porque recordó que sería su primera noche compartiendo el lecho donde iban a consumar el matrimonio. Durante el viaje por Escocia apenas habían reparado en tal cuestión, vencidos por el cansancio.

Hacía semanas que habían contraído matrimonio y todavía no habían celebrado la noche de bodas, lo que no le causaba ninguna pena. Sin embargo, Caroline sabía lo que se esperaba de ella, así que se sentó en el colchón, intentando mostrarse seductora... Sin conseguirlo. Ni siquiera un poco. No entendía por qué, pero no lograba sentirse cómoda, ni siquiera interesada, y eso que su esposo podía considerarse atractivo con el pelo oscuro y los ojos tormentosos.

Alexander debió de deducir qué ocurría, ya que negó con la cabeza.

—No sé qué te dijeron tus padres, pero no es necesario que hagas nada que no quieras. Sé que prácticamente somos desconocidos —añadió, inclinándose para quitarse las botas—. Algo bueno tenía que tener el acabar solos en esta casa. solo tenemos que vivir de acuerdo a nuestras normas, no las de nadie más.

—Alexander, ¿qué hacemos aquí?

—Dado que se trata de una cuestión en la que ni siquiera pensadores de la talla de Platón o San Agustín se han puesto de acuerdo, no veo por qué debería saberlo yo, *ghràdhaich*¹. —Se puso en pie para quitarse la camisa, mientras ella enarcaba una ceja, resoplando. No supo por qué, pero hubo algo en su lenguaje corporal que le indicó que estaba sonriendo.